



Refugiados sirios cruzan la desértica frontera con Jordania / Foto AFP JARED KOHLER

REFUGIADOS SIRIOS EN JORDANIA

Resiliencia

Fátima tiene dificultad en recordar cómo vivía antes de la guerra. Antes de la guerra no es un día concreto. Las personas se habitúan a las nuevas condiciones, sobreviven de cualquier manera con la esperanza de que pronto las cosas van a mejorar. Pero para los refugiados sirios las condiciones empeoran cada día, hasta el límite de la capacidad humana de resistir.

**MARÍA EUGENIA
RODRÍGUEZ**

Desde Ammán

FÁTIMA ES ALTA, con la tez muy lisa y blanca, los ojos grandes. Antes de la guerra tenía una buena situación económica. Su esposo era médico. Un día bombardearon su casa y mataron a su esposo. Después una retroexcavadora quitó los escombros y allí donde había vivido toda su vida no quedó más que un baldío, un cuadrado vacío y limpio como si jamás hubiese existido una casa, ni una familia, ni unos juguetes de unas niñas, ni nada. Quedaron sólo con lo que tenían puesto. Durante unos meses alquiló una casa en Damasco, pero empezó a recibir amenazas de que violarían y matarían a sus hijas, y no tuvo más opción que escapar a Jordania.

Llegó hace un año, sola, pues no le queda ninguna familia, y está a cargo de sus tres hijas. Se registró como refugiada en ACNUR, y solici-

tó ayuda. Y ninguna ayuda vino. A través de unos conocidos encontró una casa en Ammán que alquiló por algunos meses, y empezó a vender las alhajas de la familia para mantenerse. Eso fue hace un año, y ahora ya no le queda nada por vender.

Hace unos meses volvió a solicitar ayuda de ACNUR, y por eso Omar, que es visitador de ACNUR para evaluar su caso, y yo como periodista para escuchar su relato, estamos aquí esta mañana. Nos recibe en su casa, en un callejón escondido en el barrio de Jabal al Hussein, de Ammán. Dejamos los zapatos en el corredor techado con un nailon y entramos al living. En uno de los sillones duerme todavía su hija más chica, envuelta en una manta gruesa estampada de flores. Nos acomodamos en el sillón restante, frente a una estufa a querosene que apenas nos entibia los pies descalzos. Omar tiene que hacerle un cuestionario muy largo y detallado para determinar si su caso amerita la ayuda en efectivo.

—¿Qué ingresos tiene? —le pregunta.

—Ninguno. No tengo ninguna fuente de ingresos. Vendí hace cuatro semanas la última pulsera que me quedaba, me dieron por ella 300 dinares, y ya no me queda nada.

—¿Cómo compra la comida?

—Le pedí al vecino ya dos veces para comprar el pan. También me han prestado para el arroz. Ya debo 280 dinares.

—¿Sus hijas van a la escuela?

—Sí, las tres están en edad escolar.

Fátima responde con firmeza cada pregunta. Cada tanto Omar traduce. Ahora viene el bloque sobre su vida en Siria, me advierte, aunque sin entrar en detalles para evitar suspicacias. Aquí lo que importa es la situación humanitaria. Omar le pregunta cómo era su vida antes de la guerra:

—¿Su esposo podía mantener a la familia?

Es la única vez que parece quebrarse. Le queda la mirada perdida, quizá con su esposo, quizá en una habitación tibia con sus niñas jugando alrededor.

—Sí, podía. Era médico. Teníamos un muy buen nivel de vida, una casa de nuestra propiedad y nuestro propio coche.

La nostalgia se evapora. Enseguida vuelve a la habitación helada y tiene que contarle a un desconocido cada una de sus privaciones para que le den una ayuda mísera que le permita poner un plato de comida para sus hijas en la mesa.

COLAPSO. Uno de los gastos más importantes para los refugiados es el alquiler. Tamara, que es jordana y trabaja para ACNUR desde 2010, ha visto la evolución de la crisis. “*Al principio, por solidaridad con el pueblo hermano de Siria, o simple solidaridad con los que estaban necesitados, muchos jordanos les daban un lugar donde vivir gratuitamente, o les prestaban una casa y no pedían nada a cambio, pero ya no pueden hacerlo.*” Todos los precios se han duplicado, la renta en especial, y esto está afectando mucho a la sociedad jordana. Desde que en 2011 Jordania abriera sus puertas a la llegada de refugiados, tanto su gobierno

como organizaciones humanitarias han proporcionado ayuda a los recién llegados. Pero la guerra se prolonga y la situación de los refugiados se agrava. Varias familias comparten una vivienda para abaratar costos, los niños dejan de ir a la escuela para trabajar o mendigar, y las mujeres sufren el riesgo de la explotación sexual. Dos de cada tres refugiados viven bajo la línea de pobreza, y uno de cada seis en la pobreza extrema.¹

La mayoría de las familias ya no tienen ahorros, han vendido todas sus pertenencias y su única forma de subsistir es la ayuda internacional. Esta ayuda empieza a faltar también. Las puertas de Jordania siguen abiertas, pero cada vez los refugiados son menos bienvenidos. Los servicios de salud y educación, que hasta ahora eran proporcionados en forma gratuita por el gobierno de Jordania, podrían empezar a ser de pago. Para Tamara eso sería una verdadera catástrofe. “*Simplemente no podrán acceder a la salud.*” Bajo la presión de más de un millón de personas los servicios colapsan, las necesidades

de viviendas están al tope y el trabajo también se ha visto afectado.

Los refugiados no pueden trabajar, salvo que obtengan un permiso del Estado que es muy difícil de conseguir. Pero de alguna forma tienen que sobrevivir, entonces trabajan en negro, por muy poco dinero y en pésimas condiciones. Eso ha afectado a todos los jordanos, que se enfrentan a una competencia desigual en el trabajo. Y también hay otra realidad, agrega Tamara: *“Los sirios, por cultura o por milenios de experiencia, son mucho mejores comerciantes que los jordanos. Entonces prefieren contratarlos, porque simplemente son mejores”*.

DETRÁS DE LAS SOMBRAS. Salma intenta desprenderse a Hassan, su hijo de 4 años, que se aferra a sus rodillas. Le indica que vaya a la otra habitación con sus hermanas, pero Hassan no se mueve.

“Está siempre así”, dice la madre, y hace señas de que no quiere hablar delante del niño.

El apartamento en el que nos recibe está completamente vacío. Un fieltro marrón cubre el suelo y dos sillas de plástico que quizá haya tenido que pedir prestadas a sus vecinos están colocadas en la entrada, esperando a las visitas. Es el único mobiliario de la casa. Una cartulina con dibujos infantiles y una bandera de *“Free Syria”* adornan la pared. En lo que sería el comedor, donde juegan los niños, hay un televisor y almohadones en el suelo. Finalmente Hassan va con sus hermanas. Entonces Salma saca su teléfono celular y se lo pasa a Tamara, la trabajadora de ACNUR que la visita. Solloza despacio. *“Vinieron a nuestra casa un día, golpearon a su padre delante de ellos. Lo golpearon mucho, en el suelo, y a los niños los dejaron contra la pared, mirando aterrorizados. Hassan no hace más que recordar ese día. Tiene pesadillas, tiene terror de cualquier extraño que se acerque, le dan ataques de llanto.”*

Por eso Salma no quiere que su hijo escuche el relato, pero si quiere que lo sepa la visitadora de ACNUR. Quiere contarle a la periodista que escucha sentada en el suelo. Quiere que alguien lo escuche. *“Ese día se llevaron a mi hijo —señala una foto en el celular, donde un chico de unos 15 años mira muy serio a la cámara—. Nos llamaron dos meses después para que fuéramos a recoger sus cosas. Lo que quedaba de él. Eso fue todo.”*

Vuelve a quebrarse y llora. Tamara le devuelve el teléfono y ella lo guarda en su bolso.

“¿De qué vives ahora?”, pregunta Tamara cuando Salma se calma.

La tristeza por el asesinato de su hijo mayor, la preocupación por el trauma de su hijo menor, su propia tristeza que le rompe el alma, eso no puede arreglarlo Tamara. Sólo puede intentar que su caso sea elegible para la asistencia con dinero en efectivo. Le pregunto si reciben asistencia psicológica, ella o el niño. Sal-

La ayuda internacional

DE LOS 1,4 a 1,6 millones de refugiados sirios que se estima que alberga Jordania, sólo 620 mil se han registrado en ACNUR y reciben ayuda internacional. Una pequeña parte de ellos está en los campos de Zaatari y Azraq, pero la gran mayoría, el 84 por ciento, se alojan en las ciudades y pequeñas villas. En los campamentos, aunque son muy duras las condiciones de vida, de a poco las familias se han adaptado y tienen allí las necesidades cubiertas. Fuera de ellos, cada día es una lucha.

Hay un sistema de *vouchers* del Programa Mundial de Alimentación que se les otorga a todos los refugiados sirios registrados por ACNUR en Jordania, por valor de 24 dinares por mes por persona, unos 40 dólares. No es suficiente, pero evita que pasen hambre extrema. También hay un sistema de ayuda en efectivo para los casos más vulnerables, de entre 50 y 120 dinares al mes, esto es, de 70 a 170 dólares aproximadamente. Este plan sólo llega a 21 mil familias. Aunque hay otras 10 mil identificadas que necesitan urgente ayuda económica, los fondos no son suficientes para todos. Incluso aquellas familias que están seleccionadas para este programa deben esperar de cuatro a seis meses para recibir el dinero. Aoife cuenta que el sistema es muy avanzado. *“Cada familia recibe un SMS avisándole que su depósito está disponible. Hay un sistema de identificación por retina que nos asegura que quien recibe el dinero es realmente el beneficiario. Pero a veces tenemos que decirles que los fondos no han llegado y no tendrán su dinero.”*

ma responde que no. Podrían tenerla, pero antes tienen muchas otras necesidades que cubrir. Según el reporte, Salma tiene un costo fijo de unos 350 dinares al mes, que debe pagar de alguna forma. Recibe ayuda de los vecinos y los *vouchers* del Programa Mundial de Alimentación, no tiene otro ingreso.

Escapó de Siria poco tiempo después de que su hijo fuera asesinado y su esposo arrestado. Entró de forma ilegal, pagando 800 libras sirias a los traficantes para que los dejaran en la frontera. Allí fueron arrestados por el ejército jordano y los llevaron al campo de refugiados de Zaatari.² Pero sólo pasaron una noche. Las condiciones de vida eran imposibles, sin servicios básicos y con polvo por todas partes, que afectaba la salud de su hija Alia, que sufre asma. En Zaatari alguien le dijo que podía conseguir hacerla escapar sin ser detectada por la policía. Pero la aventura duró poco. El ómnibus en el que escaparon fue detectado, debieron refugiarse en una tienda en el desierto, y cuando consiguieron volver al ómnibus, absolutamente todo lo que tenían había sido robado. Le quedó sólo una foto, que muestra con ternura, de sus padres, acampando en el desierto en los años setenta.

Está sola con sus cuatro hijos en Ammán, Jordania. Su esposo está en Siria. Salió de la prisión pero no ha conseguido el permiso para cruzar la frontera, ni ha podido reunir el dinero para pagar a los contrabandistas para que lo crucen de forma ilegal por el desierto.

CRUZAR LA FRONTERA. A Jordania todavía llegan cada día, ahora que el éxodo ha mermado, más que todos los refugiados que aparatadamente recibió Uruguay hace seis meses. Aoife

Fátima ignoraba incluso la existencia del sistema de *vouchers*, que empezará a recibir el próximo mes. Omar además la va a recomendar para que reciba la ayuda en efectivo. *“Si fuera por nosotros le daríamos asistencia a todos, pero el financiamiento que tenemos nos obliga a seleccionar. Sólo podemos ayudar a los que están en situación más desesperada, y aun así esa ayuda demora meses en llegar.”*

Sólo el alquiler de su casa le cuesta a Fátima 120 dinares al mes. Entonces, si hay que elegir entre pan o abrigo, comprarán pan. Si hay que elegir entre pan o cuadernos, comprarán pan. Los niños pasan frío y no van a la escuela, pero a veces comen. Cuando no haya más opciones, irán a mendigar. Su caso, me dice, no es grave todavía, pero lo va a ser muy pronto. Es evidente que sin ningún ingreso, y con tres niñas, está en una situación extremadamente vulnerable. Los ahorros propios o vender el oro, las joyas de la familia, son los sistemas de supervivencia más frecuentes. Regalar oro era muy habitual en Siria, y las mujeres solían recibirlo en su casamiento y como presente de la familia.

Hay que ayudar a los que ayudan. Una forma es apoyar a Jordania, Líbano y Turquía, que soportan la mayor parte de los refugiados con recursos propios. El reasentamiento de refugiados, los más vulnerables, por supuesto es una forma de descomprimir la situación. Pero lo que los refugiados necesitan es un compromiso internacional que ponga fin a la guerra. Lo que ellos quieren es volver a sus casas, a sus ciudades, a su vida. ■

aunque la convivencia es más compleja y no pueden salir de allí.

SALADIN, EL HOMBRE DE LA CASA. El niño me miró con los ojos muy redondos, casi amarillos, y tendió la mano en señal de pedir limosna. Parecía a punto de llorar. Estaba al final de la calle Rainbow, el centro de Ammán. Es raro ver niños pidiendo allí, es una zona de bares y no los dejan entrar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto. Pero el niño no entiende—.

Ismee María. ¿Ma ismuk?

—Saladin —responde cabizbajo.

—¿De dónde eres?

—Siria.

A diferencia de otras ciudades, como El Cairo o Marrakech, donde en el *downtown* los niños hablan todos los idiomas posibles y se deslizan como peces en el agua entre los turistas, Saladin no habla ni una palabra de inglés. Seguramente no está habituado a mendigar. Había nevado hacía poco y todavía quedaban bloques de nieve sucia, hecha charcos en algunas partes. Tenía puesta una campera de nailon, unos pantalones de gimnasia deshechos y chinelas de dedo llenas de barro. Le doy las monedas que tengo y entro al bar en el que solía tomarme un café y conectarme a Internet. El mozo me reconoce y me advierte:


—No les haga caso, no deberían dejarlos estar ahí.

—No debe de tener más de 8 o 10 años —le respondo.

—Son los sirios que mandan a los niños a mendigar. Los sirios tienen todas sus necesidades cubiertas, las organizaciones internacionales se ocupan de ellos. No tenga pena”.

Según el informe de ACNUR “Viviendo en las sombras”, en el 1,4 por ciento de los hogares el cabeza de familia tiene entre 12 y 17 años. Los casos de niños que abandonan la escuela para trabajar o deben trabajar para ayudar a la familia se presumen en aumento, en particular en las zonas rurales. ■

1. Véase informe completo de ACNUR 2015 “Living in the shadows” (<http://unhcr.org/jordan2014urban-report/home-visit-report.pdf>).
2. Según Aoife, de ACNUR, en 2012 el campo de Zaatari recién había abierto y era poco más que unas carpas en el desierto. Ahora es una ciudad que alberga a miles de personas, cuenta con todo tipo de servicios, escuela y hospitales. También la seguridad ha mejorado sustancialmente, se han superado los graves problemas iniciales de seguridad y tampoco es tan fácil entrar o salir del campo.



PARA VOLVER A LEER

Amplia cobertura deportiva, reportajes, informes y el mejor resumen semanal desde...

...LA OTRA CARA DE LA NOTICIA

TODOS LOS MIÉRCOLES